

Horacio Paz

Nació en Tucumán en 1971. Es Ingeniero Químico. Participó desde el año 2010 en el taller literario del Centro Cultural Virla. Coordina desde 2012 el grupo Ampersand y la Escuela de narradores del MUNT (Museo de la Universidad Nacional de Tucumán).

## Avalancha

### I

La casa de Virginia y Milo no tiene vista al mar, pero no les importa. Los elementos náuticos fueron acumulándose con la arbitrariedad de la obsolescencia y de la manía recolectora de Virginia. Las costillas de ballena cruzadas en el respaldo parecen a punto de desprenderse de la pared. La lámpara-escafandra no llega a cumplir su función de velador, así que cada vez que quieren leer de noche deben mantener las luces del techo encendidas. A Milo nunca le afectó demasiado, pero debió reducir las visitas de su madre ya que ella mostró sus escrúpulos ante esa colección desordenada.

Se disputan el baño por las mañanas. Usan los celulares como despertadores y cada uno lo deja sonar varias veces antes de tomar ánimos para bajar los pies al mundo. El primero puede usar el agua caliente del termotanque y el otro debe esperar media hora o ducharse bajo una tibieza menguante. Milo respeta esa mínima regla de la intimidad, Virginia a veces entra a la ducha con él sin importarle sus

quejas aparentes. Hoy, cuando sale, la encuentra acostada, con la cara hundida para cubrirse de la luz.

—Esta mañana son pocos, no me necesitás, llevate el jeep —le dice ella con la voz apagada por la almohada —después agrega—: Deberías llamar a Helena.

Milo siente una aspereza cada vez que Virginia se refiere a su madre. Helena lo había llamado, vio el registro en el celular, pero como estuvo trabajando todo el día y dejó el teléfono en la oficina, se enteró recién a la noche.

No tienen muebles en la habitación, la ropa se amonтона en los estantes de la pared. Cuando Milo tira del pantalón, la pila de arriba cae al suelo en un desorden que le trae a la memoria la conversación con Nacher.

—Tenés que verlo, Polaquito —le había dicho cuando lo llamó para contarle que iba a dar un concierto en la ciudad—. Una cosa es que te lo cuente y otra es que lo tengas delante tuyo.

Nacher le habló de un cuadro de su padre.

—Está en el hall del teatro de Puerto Deseado. Le pusieron uno de esos cordeles rojos, como en los museos, para que no se le acerquen los curiosos.

Al principio Milo pensó que era una exageración. Se lo notaba entusiasmado, en la charla ni siquiera le dio detalles de su concierto sino que parecía más interesado en hablarle del hallazgo.

—Cuando *ves* los animales se te sacude todo —le dijo Nacher.

Milo no alcanzó imaginárselo. Su padre solo pintó paisajes, le resultaba raro eso de los animales escondidos.

Recoge la ropa y la acomoda en el estante. Piensa en cómo tomará su madre la noticia. Después de la muerte de Nihls, Helena guardó todos los cuadros. No dejó ninguno en las paredes de la casa.

Milo echa un vistazo a Virginia, que no se mueve, piensa que puede estar dormida, sale sin hacer ruido y cierra la puerta. Hace mucho frío, se pone el camperón, el gorro de lana y los guantes porque el jeep es abierto. Viven en uno de los barrios escondidos en los pliegues de las bardas que separan la costa de la meseta. Casas apiladas como escalones, patios de cemento o de la tierra pedregosa del sur. Es una imagen distinta de la que se llevan los turistas. Las calles se retuercen en las curvas de nivel hasta caer en una pendiente abrupta o terminar en una pared de greda que alterna capas verdes con estratos de fósiles que los chicos usan como municiones en sus guerras minúsculas.

—Todos son iguales —le dice Milo

Pero ella no le entiende. Repite "*ist sehr schwächig*" apretando el borde del traje, intentando estirarlo como si quisiera ponerlo a la altura de los ojos de Milo. La chica tiene una sonrisa pícaro, muestra indiferente los hombros, un tatuaje en el cuello, los brazos desnudos, la piel demasiado blanca, erizada de frío. Agarra la mano de Milo y la lleva al borde del neoprene.

—*Dünn* –le dice.

Milo siente el roce de la piel fría en su mano, mientras espía al flaco alto y a la otra chica. Se tranquiliza al verlos sacándose fotos, sin prestarles atención a él ni a la chica que le reclama. Entonces ella le agarra la mano de nuevo y la lleva al borde del traje de Milo.

—*Dick* –le dice con voz nasal y aguda.

Es alta, robusta, el pelo muy claro, muy corto, le da un aire maduro. Milo no tiene ganas de explicarle que el traje del instructor es de mejor calidad y más grueso que los de alquiler, así que le devuelve la sonrisa y levanta los hombros.

El de Virginia seguramente le quedará chico. Se le ocurre que tal vez podría darle el viejo traje de 4 mm. Aunque está gastado es mejor que cualquiera de los otros. Era el traje de Nihls. Lo tiene en su oficina, limpio, sin sal marina, guardado en un placard con las cosas de su padre.

La chica lo sigue, a pesar de que no se lo pidió.

—Es una excepción –le dice Milo.

Ella estudia el traje, como apreciando un género valioso, después le hace a Milo una breve inclinación, entre la sinceridad y la burla “*tanke*”, dice.

En ese momento suena el celular que Milo dejó sobre el escritorio.

—Tengo las entradas para ver a Nacher –le dice Helena después de saludarlo.

—Estoy trabajando –le contesta Milo sin sacarle los ojos a la chica que se cambia en la otra pieza, con la puerta

entornada–, tengo un grupo de austríacos, en un rato tengo que salir con la lancha.

—Bueno, no te quito tiempo, solo quería avisarte para que no las compres. Ayer pasé por la boletería. Quedaban pocos lugares pero conseguí tres.

—Nacher me dijo que había entradas de cortesía para nosotros –le dice Milo.

El cuerpo de la chica se ve apenas, recortado por el umbral de la puerta.

—En la boletería no sabían nada.

Milo se imagina a su madre, con los boletos en la mano, incapaz de entrar en conflicto con una extraña, resolviendo en la cartera, buscando la plata para pagar.

—Esta noche te devuelvo lo de Virginia y lo mío –suspira–. Paso a buscarte a las ocho, para que lleguemos con tiempo. Un beso Helena. Tengo que atender a los clientes –se despide.

Nunca le dijo mamá, así como a Nihls nunca le dijo papá. Era una de las rarezas de su familia. Pero a Nihls sólo Helena y él lo llamaban por el nombre porque para el resto del pueblo era el Polaco.

Cuando Milo vuelve a la sala de los trajes, la chica se ha cambiado. Se está tomando fotos con sus amigos mientras se prueban los tanques de oxígeno y las anti-parras. Los tres chicos tienen *brevets* de SSI, supuestamente son buzos experimentados y sólo necesitan alquilar los equipos y una lancha. Milo los llevará hasta bahía Conscriptos y, si dan los tiempos, hasta Craker,

a las grutas submarinas donde podrán ver salmoneras, meros inmensos, lobos marinos o pingüinos, quizás algunas ballenas.

El rubio alto parece explicarle a sus compañeras que en caso de necesidad es mejor orinar dentro del traje. Milo no está seguro, pero les dice “*nein piss*”, negando con el índice. Los tres se ríen, Milo no cree que vayan a hacerle caso y se arrepiente de haberle dado a la chica el viejo traje de su padre.

## II

Desde que murió Nihls, Helena siente que la casa de la calle Morgan es demasiado grande para ella sola. Dos años atrás, cuando Milo se mudó con Virginia, empezó a pensar en la posibilidad de venderla, quizás cambiarla por algo más chico, pero su hijo se había mostrado reticente al principio, después la indecisión de Milo dio paso a una negativa sincera. Pero a medida que pasaba el tiempo, Helena, aunque no quería entrar en conflicto con él, maduraba la idea de volver a Buenos Aires, con su hermana.

Milo y Virginia llegan a las ocho. Antes de que toquen la puerta escucha el chirrido del jeep. Se para frente al espejo y se coloca el chal sobre la cabeza, tiene la tentación de cruzárselo delante de la cara, como las mujeres musulmanas. Sería una barrera para el frío. Sonríe, pero descarta la idea. Si la vieran salir así, posiblemente Milo

se ofenda y pase la noche callado. Es un chico incapaz de tomarse las cosas con liviandad, cada día más parecido a Nihls, a la versión final, solemne, de Nihls.

Escucha los toques de bocina y vuelve al espejo para acomodarse el chal en el cuello y por encima de la cabeza para que además de abrigo le proteja el peinado. Tal vez sea mejor volver en taxi, pero tendría que buscar alguna excusa. Tampoco tiene ganas de cenar con Nacher. Fue más amiga de la esposa —la ex esposa—. Supo que se divorciaron al poco tiempo de mudarse a Buenos Aires y que Nacher ahora estaba en pareja con una chica muy joven que lo acompañaba en la gira.

Revisa en su cartera, verifica que tenga dinero y que estén los tickets. Se da cuenta de que dejó las luces de la cocina prendidas, revisa la puerta del fondo, las ventanas, se acomoda el tapado y agarra un par de guantes.

Cuando sale, Milo ya ha bajado del jeep, y está tocando el timbre, impaciente.

—Pensé que no nos escuchabas —le da un beso apurado.

Helena observa que Virginia va al volante. Ella tiene un desapego natural por las reglas, le gusta tomar las curvas a toda velocidad y cruzar las esquinas sin mirar a los costados.

—Sentate adelante, conmigo —Virginia golpea el asiento del acompañante.

Milo la ayuda a colocarse el cinturón de seguridad y se sienta atrás.

—¿Lista? —le pregunta Virginia mientras agarra el fierro torcido que hace de palanca de cambio.

El jeep da un brinco. Avanzan hacia el Boulevard Brown, camino al Museo de los Galeses, donde Nacher dará su recital. El mar está planchado y alcanzan a ver el reflejo de la ciudad que abraza esa lengua de agua, al final se destaca la inmensa planta de aluminio con el filo del muelle adentrándose en el mar. Del otro lado de la bahía, la antigua mansión de los Roberts, ahora restaurada y convertida en museo, brilla sobre el acantilado.

### III

Milo piensa que Carlos Nacher está igual a la última vez que lo vieron, el pelo largo atado atrás, la barba canda-do, una apariencia juvenil y prolija. El viejo amigo de sus padres volvió, en medio de una gira por las ciudades aus-trales. Se quedaría esa noche y al día siguiente tomaría el vuelo hacia Ushuaia.

El anfiteatro está lleno, hay gente parada en los pasi-llos, en el escenario Nacher interpreta con su guitarra un ejercicio de Bach. Después se le suma un percusionista, un viejito que toca un chelo y una chica con un vestido largo con brillos que se sienta en una banqueta alta y canta a dúo con Nacher. Tocan jazz y algo de *bossa nova*, después Carlos habla sobre los amigos que tiene en la ciudad y les dedica su versión de *Avalanche*. Milo espía a

Helena, no descubre nada preocupante. Recuerda, cuan-do era chico, a Nacher tocando la misma canción en su casa en cada fiesta. Sus padres le pedían por favor que no lo hiciera a pesar de que les encantaba Leonard Cohen, Helena decía que era demasiado deprimente para una fiesta pero a Nacher no le importaba. A él le gustaba so-bre todo porque podía hacer los arpeggios con la guitarra. Una vez, para callarlo, Nihls imitó al jorobado y persi-guió a Helena arrastrando un pie, entre las carcajadas de los invitados.

Pero ahora interpretan una versión en francés, es mu-cho mejor que la de sus recuerdos.

*J'ai été pris dans une avalanche  
je perdis mon âme*

Después Nacher presenta a los músicos, hace sus chis-tes, conversa con el público, agradece con falsa modestia, toca tres bises y se despide.

—La verdad es que estoy cansada, mejor me voy a casa —les dice Helena cuando prenden las luces.

La sala del museo es chica para todos los espectadores y algunos se ubican en los otros salones —antiguas ha-bitaciones de la casa de Roberts—, donde se exhiben los objetos de la colonización: viejas botellas, muebles, algu-na Biblia, fotos de los galeses que llegaron en el *Mimosa*. Hay un pequeño lunch, dos mozas pasan con bandejas de canapés y copas de vino. Milo consigue una para Helena y otra para Virginia.

—Voy a buscar a Carlos, espérenme acá —les avisa.

Empuja entre el gentío para volver al anfiteatro. Nacher está en el escenario, charlando con dos viejos de traje. Tiene el brazo rodeando la cintura de la cantante, Milo recuerda las palabras burlonas de Helena. “Este Carlitos se cree un pibe” le había dicho chasqueando la lengua, “¿Podés creer? La noviecita es más joven que los hijos”.

—¡Polaquito! —Nacher interrumpe lo que estaba contando y alza los brazos.

Un gesto innecesario porque es un tipo inmenso. Helena siempre bromeaba con que debería haberse dedicado a la lucha libre en vez de elegir la música.

—Parecés un clon de tu viejo —Nacher lo sacude por los hombros—. ¿Cómo estás? ¿Vino tu mamá?

—Está afuera —Milo señala hacia la puerta—. Pero está cansada y quiere volverse a la casa.

—Decile que se deje de joder —se ríe Nacher—, vamos a cenar, ya me reservaron una mesa en el Club Náutico.

—Vas a tener que convencerla —le sonrío Milo.

Virginia y Helena están a un costado del salón, junto al ventanal que da a la terraza. Helena es una mujer alta, más alta que Milo y era más alta que Nihls, pero en el abrazo de Nacher parece chiquita.

—¿Qué es eso de que te querés volver? —le larga Nacher con enojo fingido.

Helena mira la hora.

—No me podés hacer eso —Nacher inclina la cabeza.

—En serio, querido, no estoy acostumbrada a acos-

tarme tarde. De paso nos ahorramos las nostalgias aburridas —dice Helena, haciéndole un guiño a Virginia.

—Todo era mejor hace treinta años —interviene Virginia con sorna—. Las ballenas llegaban hasta la plaza.

—¿Ves? Los viejos nos ponemos pesados —se ríe Helena.

—¿Qué viejos? —Nacher estira la mano para sacar la última copa que lleva una de las mozas.

Helena se ríe, negando con la cabeza.

—¿Qué viejos? —insiste Nacher levantando los hombros—. Aparte antes no había ballenas. En serio, Helena, contale a esta chica, las ballenas vinieron después.

—Son un invento para el turismo —le dice Helena a Virginia.

Nacher hace un gesto de fastidio.

—¿Saben qué? Es verdad, antes era mejor, todo el mundo se conocía, podías dejar las puertas sin llave, todo era barato. También era más tranquilo, a la noche salíamos a caminar por la playa sin problemas y cuando había luna llena adiviné qué hacíamos.

—Recogían tótalos, ¿no? —le contesta Virginia.

—¿Viste, querida? Siempre las mismas historias —Helena le pasa el brazo por el codo.

Nacher baja la vista con resignación. Después parece recordar de golpe.

—¿Le contaste del cuadro? —le pregunta a Milo.

Después le habla a Helena.

—Encontré un cuadro del Polaco, en el Teatro Municipal de Deseado. ¿Podés creerlo?

—¿El que ganó el concurso? —pregunta Helena después de pensar un rato.

—El mismo, no lo podía creer. Lo tienen protegido para que no se le acerquen los curiosos.

Helena parece sorprendida, no contesta nada, sonríe mirando a Milo y a Virginia, esperando una explicación. Nacher se pone serio.

—¿No te contaron? Tiene miles de animales, están por todos lados. En las llamas, en los reflejos de las llamas, en las olas del mar. Están como escondidos en la pintura. Para poder verlos hay que estar así de cerca —Nacher se coloca la mano frente a la cara.

—¿Qué animales? —Helena niega con la cabeza—. Nihls nunca pintó animales.

—¿Qué loco, no? —se entusiasma Nacher—. Pero te digo que parecen reales. Ballenas, pingüinos, lobos marinos, estrellas de mar. Y lo que más hay adiviná qué es.

—Calamares —dice Milo.

Nacher lo mira defraudado porque no dejó que Helena adivinara, después le habla a Virginia.

—Tótalos, con sus tentaculitos —entrecruza los dedos de las manos frente a los ojos de Virginia—, con los ojos, las aletas esas de la cabezota —se estira el pelo por arriba de las orejas—, hasta las ventositas —hace un círculo con el índice y el pulgar y la mira a través de él.

—Nihls pintaba óleos —lo interrumpe Helena—, nunca dibujó nada. Y de ése cuadro me acuerdo bien, era el incendio del Folías, que estuvo ardiendo toda la noche

hasta que lo hundieron los bomberos de tanta agua que le tiraron.

—Sí, ¿te acordás? —Nacher deja de hacer sus pantomimas—. Pero seguro no lo viste de cerca. Lo tenés que ver, te juro que está lleno de animales. Lo tienen que ver —les dice a los tres.

Después se da vuelta y extiende el brazo.

—Está acá nomás, agarran la ruta y se van a verlo.

Milo sigue con la vista lo que señala Nacher, pero sólo alcanza a ver la puerta de salida y a un costado la puerta del anfiteatro, de donde sale la cantante del vestido rojo.

#### IV

Helena quiere volver en un taxi pero Milo y Virginia insisten en llevarla de camino al Club Náutico. Al salir siente el aire helado, se cubre con el chal pero aun así tiembla. Sube al jeep con dificultad y se sienta adelante. Milo saca de una caja que hay atrás un par de viejas frazadas a cuadros, con la más raída cubre las piernas de Helena. La frazada huele a humedad, pero es abrigada.

—Fue idea de Virginia —le dice Milo.

—Espero que no te moleste perder la elegancia por una noche —le guiña un ojo Virginia.

Helena se ríe. Se prende los botones del tapado hasta arriba.

—No creo que nadie me vea.

Milo acomoda la otra frazada en los hombros de su madre, la cruza en el pecho y después le pone el cinturón de seguridad. Es la primera vez que tienen ese gesto con ella. Helena piensa que, tal vez, solo sienta frío en la cara y no sea tan desagradable volver en el jeep.

Virginia maneja despacio, Helena la espía, tiene los labios morados. Debe estar haciendo menos de cinco grados bajo cero, como en los primeros años, cuando llegaron con Nihls a trabajar en la planta de aluminio.

Una luna gigante se descuelga entre la ciudad y el mar. No corre viento. Helena odiaba el viento, lo odió años enteros, no sabe cuántos. Hasta que un día dejó de hacerlo, como todos los que se terminaban quedando en el pueblo.

—¿Seguro que no querés ir? —insiste Virginia antes de despedirse—. No me dejés sola con los hombres.

Helena le da un beso en la cara y vuelve a negar.

—No vas a ser la única mujer, está la chica esa... ¿cómo se llamaba? La noviecita de Nacher —se ríe.

Después se despide de Milo y entra en su casa.

Prepara una taza de mate cocido. Lo toma en sorbos cortitos para no quemarse. Siente una intranquilidad intensa, si pudiera correr saldría a la playa como hacía de joven, por las tardes, antes de que volviera Nihls del trabajo. Termina el mate cocido y lava la taza, la deja escurriéndose en la mesada, sube a su habitación, pero no tiene intenciones de dormir. Busca en el cajón de la mesa de luz un viejo llavero de madera con forma de cola de ballena del que cuelga un manojito de llaves.

Los cuadros están acomodados de canto, sin orden, envueltos en telas para que no se dañen. Saca los tres más accesibles con cuidado. Uno chico, “Craquer”, una pintura poco lograda de la pequeña bahía. Otro un poco más grande, “Restos”, los pesqueros taiwaneses confiscados en el 83, pudriéndose al lado del muelle. El tercero, más grande aun, “Riacho”, el caserío de pescadores: casillas de chapa y viejos ómnibus empotrados en la arena, sobre el golfo San Matías.

Los acomoda en el piso del comedor, prende todas las luces, se pone los anteojos de leer y los examina. Acerca la vista pero solo encuentra la rugosidad del óleo, pequeñas montañitas de amarillo de nápoles, azul de prusia, verde de malaquita. No encuentra ningún dibujo escondido. Solo las grietas de la pintura seca, el olor residual de los químicos. Ningún animal, ninguna revelación. Se pasa horas buscando. Al final el dolor de espaldas la hace desistir. Se queda un rato, con las manos en la cintura, mirando el desorden de cuadros y sábanas viejas en el piso del comedor.

Separa otra llave. Es la del estudio de Nihls. El cuarto huele a encierro pero está ordenado y limpio. Busca en la biblioteca el viejo álbum de fotos. Ahí está el recorte del diario con las imágenes de la muestra. Se reconoce entre el intendente y su esposo, que ya estaba muy flaco y barbudo. Le pasa los dedos a la imagen: los ojos grandes, las cejas gruesas. Debajo se lee “El pintor Nihls Nabowjsic y su esposa junto al intendente”. Más abajo está la foto

del cuadro ganador. El granulado grueso, en blanco y negro, no permite distinguir los detalles. Es un cuadro que a ella le encantaba, recuerda las llamas rojas reflejadas en el mar y los barcos alrededor tirándole agua. Era uno de los mejores cuadros de Nihls. Fue uno de los últimos. Había sido idea de ella que lo mandara al concurso. Casi tuvo que obligarlo.

Desde que su esposo enfermó, desde que tuvo que dejar de trabajar y ya no pudo salir a mar con su velero, la pintura era su única distracción. No era demasiado talentoso, ni tenía ambiciones. Pasaba las tardes en el taller o viajando a Trelew para conseguir algún color especial, porque la única casa que vendía pinturas, pinceles o bastidores estaba allá. Helena lo acompañaba en esos viajes, manejaba el auto despacio para que Nihls pudiera fumar con la ventanilla baja.

Le vienen a la mente las imágenes de esa noche: el intendente quiso hacer un festejo en la casa de la cultura, Expusieron varios cuadros. Asistieron amigos y vecinos del pueblo, Nihls estaba animado y hasta dio un discurso. Nacher tocó algunas canciones pero estaba tan borracho que se equivocaba las letras. Milo estaba en Bariloche, de viaje de egresados. Tenían la casa para ellos solos.

Al volver, Nihls abrió una vieja botella de champán francés. La había comprado en su primer viaje al exterior y la tenía guardada desde entonces esperando alguna celebración. Era motivo de bromas cada vez que se mencionaba el tema. Nacher decía que iba a ser una herencia

para Milo, pero cuando Nihls enfermó, no volvió a hacer el chiste. Se tomaron la botella en el estudio, revisando los cuadros inconclusos, se confesaron que no pudieron descubrir en el champán nada suficientemente especial como para haberlo guardado tanto tiempo. Hicieron el amor en el piso del taller, entre las telas y el olor a pintura, como dos adolescentes. Sin nostalgia, ni pudores, ni silencios. Tiraron cosas al piso, rompieron un lienzo.

Helena observa al suelo despejado, pero no logra representar esa imagen de ellos dos, abrazados, envueltos en las telas que usaba Nihls para proteger los cuadros. Por la ventana comienza a entrar el resplandor de la mañana. Se cubre la cara con las manos. Se imagina a sí misma en la montaña, solo nieve y bruma hasta donde alcanza la vista. No siente frío, ni miedo, aunque la nieve comienza a deslizarse, a correr entre sus piernas, a caer sobre ella cada vez más rápido pero sin violencia, primero en copos minúsculos y luego como un fluido de algodón, seco y suave, que la va hundiendo hasta cubrirla por completo de una claridad deslumbrante.